



Año XLIX

Orihuela 15 de Septiembre de 1932

Num. 1170

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Una broma

Amados hijos: ¡En qué mejor tiempo os puedo hablar del infierno que hoy que hace un calor de todos los diablos? decía un cura a sus feligreses.

Y tenía razón; porque si les toca este punto en el invierno todos piden ir allí a calentarse las manos.

Y es que los feligreses del pobre cura, además de guasones eran malos de cepa. Los que no eran estafadores, tramposos, ladrones o usureros, eran borrachos, jugadores pendenteros y mentían más que la Gaceta.

Incrédulos lo eran todos.

—Señor cura, eso del infierno debe ser mentira, decía el tío Benito el choricero, que tenía cara de paltrota recién embutida.

—Porque a tí te conviene que no lo háya, ¿no es esto?

—No señor; sino porque Dios es muy bueno.

—Justo; y porque Dios es muy bueno, va a consentir que tú seas muy malo y te burles de Él.

—¡Señor cural!

—Y que vendas longaniza de carne de perro, a precio del salchichón de Vich.

—Pero...

—Y que envenenes a los pobres metiéndoles en el estómago otras mil porquerías para hacerte rico a costa de su salud. Hijo mío, Dios es justo. El que la hace la paga, y el que no la paga aquí la paga allá.

—Entonces, saltó muy serio D. Cosme, que era otro feligrés de mala

realea, mis deudores que no me pagan a mí se irán también al infierno.

—Quien se irá es V., por prestarles el dinero al 30 por ciento y chuparles las entrañas.

—Pero, señor cura.

—No hay *pero* que valga. ¿Es que se han creído ustedes que Dios es algún zapatero de viejo que no sabe proporcionar a cada uno la horma de su zapato? ¿Es que creen ustedes que la Justicia eterna puede faltar?

D. Cosme usurero sin entrañas, que se pasaba la mitad del día echando cuentas sobre el bolsillo ajeno y la otra mitad pensando en asegurar el propio, al oír nombrar la justicia eterna se puso más feo que de costumbre, y eso que él de costumbre era muy feo.

Aquella noche soñó que los diablos se lo llevaban arrastrando y pasó muy mal rato.

—Si fuera verdad eso del infierno estaba yo fresco, le dijo a su mujer al despertarse.

—Como estaría es caliente, le contestó su mujer.

—Tienes razón.

Aquel día D. Cosme, algo caviloso, volvió a visitar al Cura.

—Señor Cura, le dijo, vengo a que me hable usted con franqueza. ¿Usted cree de veras que hay infierno?

El Cura ofreció a Dios en sacrificio el perdón de aquel exabrupto.

—Pero, hombre, le contestó si yo creyera que en el otro mundo no existía el infierno lo ¿pasaría yo en este sufriendo a usted y a sus convecinos, y sacrificando doce años de carrera

por un triste plato de arroz? Si yo pensara como usted ¿no era más cómodo que fuera usurero como usted? Desengañese usted D. Cosme, ¿quiere usted saber si hay infierno? Suponga usted que un día amaneciera el sol con un rabo largo, así como el de una milocha, compuesto de unas letras muy gordas que dijeran: "Anuncio". LA DIVINIDAD AVISA A TODOS LOS HOMBRES QUE EL INFIERNO SE HA CERRADO HASTA SEGUNDA ORDEN. EN ADELANTE PUEDE YA CADA CUAL HACER LO QUE SE LE ANTOJE, SEGURO DE QUE AL MORIR TODOS QUEDAREMOS IGUALES. ¿Qué pasaría?

—¡Hombre! entonces...

Nada, D. Cosme, hablemos claro, ¿usted cree que, a excepción de unas cuantas almas santas que obran por puro amor, como obraba Santa Teresa de Jesús; habría ya nadie que en el mundo hiciera sacrificios? Vería usted qué manera de licenciarse gente en el ejército de los hombres de bien.

Cuando el cura estaba diciendo esto tocaron a la puerta.

—Señor Cura, dijo una criada vieja al oído del párroco; aquí lo busca el tío Pitarra.

El tío Pitarra era un cerrajero muy rico que había quitado la cerrajería hacía muchos años. La gente murmuraba porque no estaba su fortuna en proporción exacta con las ganancias que había tenido con el oficio; pero nadie sabía como había hecho el gato.

El, sí que lo sabía, porque en eso de hacer gatos era muy maestro.

El cura le recibió en otra habitación, y media hora después, volvió a entrar con la sonrisa en los labios en el cuarto en que había dejado a D. Cosme.

—Amigo D. Cosme, dijo, colocando sobre la mesa un paquete que traía en la mano. Voy a referirle a usted un caso raro.

—Usted dirá.

—Un feligrés mío que después de treinta años de vida perruna acaba de conferenciar conmigo sobre cosas de su conciencia, me ha dicho lo siguiente:

“Aquí tiene usted, Sr. Cura, tres mil duros en billetes de banco para devolvérselos a un vecino mío, a quien se los he ido robando en el transcurso de quince años que he vivido cerca de su casa”.

D. Cosme pegó un salto y se puso rojo como una cereza. El tío Pitarra había vivido 15 años al lado de su casa. El corazón le daba que el dinero era suyo, más no podía probarlo.

“Quiero que se le devuelvan, continuó, pero aun no; sino cuando yo acabe de convencerme de que en la otra vida hay una *Justicia eterna* que castiga a los ladrones. Porque si no la hubiera, ¿qué necesidad tenía yo de soltar los cuartos? Entre tanto, téngalos usted en depósito y ya hablaremos”.

—Y ¿cuándo van ustedes a hablar? dijo D. Cosme.

—Hemos quedado en reunirnos todos los días y en que yo le vaya dando por escrito los fundamentos y razones en que se apoya la fe católica para enseñar la verdad de las penas eternas; pero cómo estoy tan ocupado...

Por eso no lo deje usted, Sr. Cura; pues si usted quiere, yo que conozco algo la teología le podré ayudar.

—Gracias, D. Cosme, iba usted a incomodarse por mí.

—¡Oh! no, señor, no hay tal incomodidad.

—Pero ¡por Dios, D. Cosme! Iba usted a estudiar ahora...

—Ca; no señor; si eso me lo encuentro yo hecho.

En efecto; al día siguiente vino D. Cosme con el primer trabajo concluido.

«El infierno, decía D. Cosme en su nota, es una creencia tan antigua como el mundo. Los paganos a pesar de sus errores conservaron aunque desfigurada la idea de los suplicios eternos. Orfeo, Museo, Lino, Tesiodo, Ovidio, Horacio y Virgilio, todos fueron intérpretes de esta creencia.»

Platon decía:

“Aquellos viles malvados cuya alma perversa se ha hecho indigna de salvación, están condenados a servir de espanto, y sus castigos, *que les atormentan sin sanarles*, no son útiles más que a los testigos de su tremenda y dolorosa *eternidad*.” (1)

“Las almas que han cometido mayores crímenes, son precipitadas al abismo llamado infierno... este es el juicio de los dioses que están en el cielo, los buenos se juntarán con los buenos y los malvados con las almas de los malvados.”

Y Celso escribía:

“Los cristianos tienen razón al creer que los que viven santamente serán recompensados después de la muerte y que los malos sufrirán *castigos eternos*, pues este sentimiento es común a toda la humanidad.”

De esta manera continuaba la nota de D. Cosme hablando de la opinión de los paganos sobre la eternidad de las penas de la otra vida.

El cura la encontró muy bien pero al día siguiente se la devolvió diciendo: «El amigo dice que él no es pagano» y que no paga: no le ha hecho efecto la lección.

D. Cosme se apresuró aquella noche a escribir otra nota: esta vez echó mano de la Sagrada Escritura.

¿Quién será tan necio, decía, que pretenda buscar razones para creer en la existencia del infierno después de haber hablado Jesucristo y afirmado esta terrible verdad en su Evangelio más de catorce veces? (*Ciertísimo*)

«Si tu ojo derecho te sirve de escándalo sácale y échale de tí porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno.» (*Evangelio de S. Mateo.*)

«El reino de los cielos es semejante a una red que, echada en el mar, alle-

ga todo género de peces, y cuando está llena la sacan a la orilla y sentados allí escogen los buenos y los echan en vasijas y echan fuera a los malos. Así será en la consumación del siglo; saldrán los ángeles y apartarán a los malos de entre los justos y los meterán en el horno del fuego; allí será el crujir de dientes.» (*El mismo Evangelio*)

—Me parece que esto está muy claro: dijo D. Cosme.

—Claro está, dijo el cura, pero no sabemos si el interesado aún lo verá turbio.

En efecto, al día siguiente el cura devolvió la nota a D. Cosme y le dijo riendo: —tampoco pasa.

Entonces D. Cosme volvió a la carga y esta vez empezó a filosofar de su cuenta.

«El infierno decía, no solo es una verdad que el mundo entero cree, sino que el mundo entero necesita creer. ¿Qué sería de la sociedad si el hombre se convenciese de que la virtud y el vicio son palabras vacías y de que después de este mundo no hay ya otro donde se premia el bien y se castiga el mal?

¿No sería muy natural que los hombres virtuosos digieren: «esta vida es un engaño; hay que pasarla lo mejor que se pueda y caiga el que caiga» Y entonces ¿qué sucedería? ¿Habría posibilidad de contener a los hombres dentro de los límites de la justicia? ¿Y qué sería el mundo sin justicia? ¿Una jaula de fieras? Cuando en el mundo moral como en el físico es absolutamente necesaria una cosa, esa cosa existe.

Es así, que los premios y castigos eternos son necesarios, porque sin ellos quedarían reducidos a la nada todos los fundamentos del orden moral y serían borradas todas las diferencias entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, y, por consiguiente, toda idea de justicia y hasta la idea de Dios, luego el infierno existe digan lo que quieran los pillos, que no creen en él porque les conviene».

—¡Bravo! dijo el cura riendo al leer la nota. D. Cosme, ha estado usted inspirado. Ahora si que, convencemos al feligrés.

(1) Las citas son rigurosamente exactas.

Una idea me ocurre. ¿Quiere usted avisarse con él a ver si hablándole al alma acabamos antes?

—No hay inconveniente.

Momentos después, el cura había reunido a D. Cosme y al tío Pitarra y procedía a un careo verdaderamente original.

—¿Con que usted no cree que hay infierno? dijo D. Cosme, al encontrarse cara a cara con el cerrajero.

—Ni usted tampoco, contestó el tío Pitarra al verse cara a cara con el usurero.

—Porque tiene usted la conciencia manchada.

—Justo; «¡Ijo la sartén al cazo...»

—Yo le he dado a usted razones poderosas.

—Pero ¿usted las cree?

—¿Yo? sí, señor.

—Pues yo también.

D. Cosme se quedó parado.

Entonces el cura tomó la palabra.

—Vamos D. Cosme, le dijo; perdóneme usted que, llevado de mi celo por la salvación de su alma le haya dado una broma. El tío Pitarra hace mucho tiempo que, arrepentido de sus pecados, estaba reuniendo las quince mil pesetas para devolvérselas a la persona a quien se las había hurtado y esa persona es usted; pero como usted me había hablado tantas veces sobre eso del infierno, diciendo que dudaba de él, he querido que usted estudiase la materia por sí mismo para que saliese de dudas. Ahora que ya ha salido usted, y está ya convencido de que existe el infierno, digan lo que quieran los pillos que no creen en él porque no les conviene, tome usted sus tres mil duros y... buen provecho le haga.

—¡No, no, no! exclamó D. Cosme lleno de vergüenza; no solamente no tomo ese dinero que no es mío, sino que añadiendo a él todo lo demás que en mi vida de usurero he quitado a los pobres, quiero restituir a cada uno de ellos lo que le debo.

* *

Al día siguiente, el pueblo de X estaba de enhorabuena. La mayor parte de los pobres empujaban el puchero con tocino y pelotas, gracias al dividendo activo que acababa de hacer el Cura por cuenta de los dos ladrones arrepentidos.

—¿De qué mina ha salido esto, señor Cura?

—De la del infierno, hijos míos. Es decir, del bolsillo de dos ricos que no quieren caer en él.

—¿Luego hay infierno!

—Ya lo creo, hijos míos. Y pedid a Dios que no se apague, porque si se apagara ya podíais todos los pobres hacer la maleta para emprender el viaje a la eternidad.

A. Clavarana

Historias que aleccionan

En un pueblo de Cataluña, pueblecito bello y de costumbres pacíficas, sucedió en las pasadas revueltas del pasado año de desgracia, el siguiente hecho...

Una mujer contagiada del rabioso virus de la impiedad quiso demostrar en un acto público que el odio a lo religioso puede andar en un pecho femenino.

Y lo demostró...

Fueron tantas las blasfemias que profirió contra la Virgen que hartos los más anticlericales de los asistentes sintieron escalofríos al escuchar aquella serpiente.

Su tono desgarrado, su furor, sus denuestos, sus imprecaciones contra María, Madre de Cristo hacía pensar en la serpiente hollada por el pié de la Virgen, revuelta contra su vencedora, vomitando blasfemias...

¿Casualidad?

¡Aquella lengua venenosa es hoy roída por un cáncer...

En el pueblo de Castellet, conocen y certifican la historia...

¡Libertad, Igualdad y Fraternidad!

O el limo de los perdigones

MONOLOGO PRIMERO

Juan Cascote, peón de albañil de buena pasta; poco jornal y mucha familia; leyendo trabajosamente a la luz de un escaparate lo impreso y escrito en cierto cartón rojo que lleva en la mano.

—«¡Libertad... Igualdad y Fraternidad!... Centro obrero de resistencia... Título de asociado a favor del compañero Juan Cascote... del ramo de construcciones...» ¡Cabal, ese soy yo, aunque eso del ramo no se lo que es!... Lástima de cinco pesetas que me cuesta el documento; pero... ¿qué le vas a hacer? Quié decir que con esos veinte reales me hubiera mercao un pantalón y una blusa, que me hacen la mar de falta, que voy too destrozac; pero si me descuido me apiolan los compañeros. «Que has de entrar en la sociedad». «Hombre, ¿yo pa qué quiero eso», a mi no me gustan belenes ni juergas». Que tú lo que eres, es un timo amarillo». «¡Mia tú, amarillo yo, que soy más negro que el carbón!» «¡Beato clerical!, y salta uno y dice: Dejarlo, le diremos al patrono que lo tire de la obra, y si no lo hace, nos declaramos en huelga». «Mejor será, dice otro bárbaro, darle cuatro mamporros por reaccionario.» «Pus mira, digo yo: el que se atreva a faltarme, de una patá en la barriga lo dejo listo». «No seas bruto, salta el Pirulí, mira lo que le pasó a Bartolo el Chepa, que era de las mismas ideas tuyas, y un día, sin saber de dónde, le cayó un ladrillo del andamio en la cabeza y no le mató por casualidad, pero se ha quedao lelo y gracias...» Pus en el anónimo que le enviaron antlayer a la parienta, con una calavera pintá del tamaño de una naranja y dos huesarrones y un rétulo que decía: «Pronto morirá Juan Cascote por esquirol y mala presona». Total, que la Nemesia se asustó y dijo: «Juan, corre hazte de eso, apúntate con los compañeros»; y dale que le darás, y que si patatín, que si patatán... ya estoy asociac y con un duro menos y un rial semanal y... ¡viva la libertad!...

MONOLOGO SEGUNDO

*Un cuartucho indecente de la Delegación de Policía del distrito de *** Juan Cascote, sentado en un banco y sumido en honda meditación.*

—Mia tú que ha estao güena la cosa, ¡recorchol! Démpués que me sacan cinco reales quieras que no pa un homenaje, u lo que sea, al jefe, me atizan una bandera que pesaba más de

una arroba, y ala, ala, tres u cuatro horas haciendo el burro por esas calles de Dios hasta el restaurante donde estaba preparada la cuchipanda, y allá se me sientan en la terraza el jefe y los mangoneadores y se ponen a tragar como lobos; y nosotros abajo papando moscas y dando vivas y mueras pa matar el hambre, y yo con la banderota a cuestas. En esto comienzan los de arriba a beber champaña y otras cosas que el diablo sabrá lo que son, y el jefe, con una copa en la mano, se acerca a la baranda y dice: Pueblo soberano, brindo por tí, y por la igualdá de clases». Entonces digo yo:—«Oiga usted, buen hombre, pus si toos semos iguales, que nos den algo de beber, que a mí me han sacao cinco reales pa que usted se achispe. El jefe se queda parao y dice enfurecido:—¡A ver, ese bárbaro que se calle o tirarle fuera en seguida! Menuda escandalera se armó; unos reían otros silbaban, otros aplaudían, y los tragones de la terraza daban unos gritos que parecía el fin del mundo. En esto se acercan a mí dos tíos de mala cara y me dice uno: «Oye tú, como vuelvas a meter la pata te saco los higados!»... «¡Tú a mí, Judas Iscariote? toma, pa que veas», y suelto la bandera y le arrimo una puñá en la geta con toa mi fuerza. Total, un descalza perros de dos mil diablos; vienen los del Orden público, la Secreta, la Guardia civil; yo a la sombra a disposición del señor juez, y los otros a seguir la cuchipanda... ¡y viva le igualdad!»...

MONOLOGO TERCERO

Juan Cascote, con la cabeza vendada reposa en una cama de cierto hospital.

—Dice el médico que la semana que viene ya estaré bueno—Faltá hace; que la Nemesia y los chicos estarán pasando más hambre... ¿Y too, por qué? Pus por ná, hágase uste cuenta. Que había que elegir presidente, y ellos los voceras, busca ruidos y huelguistas, se les metió en la mochita que habíamos toos de votar al sinvergüenza de Pacorro, el Chispante, que ni es obrero ni na, ni se le ve nunca con la herramienta en la mano; y va vestío de señorito por debajo de la blusa, y se pasa la vida en el café o en el Centro leyendo periódicos, y charlando más

que un sacamuelas, cuando no está haciendo los mandaos del jefe u otras cosas peores, porque a mí me parece que es al que yo le dí la puñá el día de la bandera. Pus bueno, nosotros, los albañiles de veras, dijimos: no semos borregos y no ha de ser presidente el Chispante, sino el señor José Cal y Canto, que hace cuarenta años que está encima de un andamio... y ya tienes armá la gresca: Que si tú, que si yo; que si sois unos tales, y vosotros más; y, que si te doy un mamporro; y, a qué te vas a quedar sin narices... y cataplúm, cotaplám; ande el movimiento... y el terremoto de la Martinica. ¡Cá bcfetá valía un duro! El Chispante se viene hacia mí con un garrote enarbolao; yo agarro el busto de yeso de la República, que tenía a mi vera en un pedestal, y paf, se lo estrello en la cabeza, a tiempo que suena un tiro que parecía una bomba; y no sé más, porque nos echamos toos a un tiempo hacia la escalera, cayendo unos sobre otros, y dice la Nemesia que hubo hasta quien saltó por el balcón y que ha habido la mar de heridos y descacharrados. Lo cierto es que a mí me sacaron del montón hecho un higo, y me trajeron a esta santa casa de caridaz... y ná, hombre..., ¡que viva la Fraternidad!... pero la verdá, y con perdón sea dicho, me va pareciendo a mí que esto de la libertá, la igualdá y la fraternidá socialista es... el timo de los perdigones. A. D. J.

¿Qué es la guerra?

Un pastor, rústico e ignorante, como todos los pastores, pero con sus puntos y ribetes de bellaco, lamentábase amargamente en la puerta de su choza, desde donde apacentaba su reducido ganado, de lo mucho que había perdido con la guerra.

—¡Pobres ovejas mías,—exclamaba el pastor—que se os han ido comiendo de una en una los lobos de los soldados! ¡Pastos verdes y lozanos hoy pisoteados y marchitos por la caballería y la artillería! ¡Cómuda y pacífica cabaña mía, por la guerra desmantelada.

—¿Tú sabes acaso lo que es la guerra?—le preguntó un viajero que a la sazón pasaba por el camino y oyó los lamentos del pastor.

—Demasiado que lo sé, señor—contestó el pastor.

—¿Qué es, pues, la guerra?

—Déme V. algo, y se lo diré.
—Toma una peseta.
—Necesito dos.
—Tómalas.
—No tengo bastante.
—Toma tres.
—¡Ay, señor! Déme V. siquiera un duro.

—Tanta curiosidad tengo de oírte que allá va el duro.

—Es poco, señor.

—¡Tunantel! ¿Cómo que es poco?

—Dos duros lo menos.

—¡Canalla! ¿Te estás burlando de mí?

—Tres duros, vengan tres duros.

El viajero ya no pudo contenerse, enarboló el bastón, y cuando lo iba a descargar sobre las espaldas del pastor, éste le detuvo impasible diciéndole:

—Aquí tiene V. la guerra, señor. Estúdiela, que no es más ni menos que esto.

El viajero se alejó pensando que el bellaco del pastor tenía razón.

Manuel POLO y PEIROLON



ROGAD A DIOS

Por el eterno descanso del alma de

Doña Josefa García González
De **Carcedo de Burgos**

que falleció en Hormaza
el día 23 de Agosto de 1932
a los 72 años de edad.

Q. E. P. D.

A su hijo, D. Ramón, (Párroco de Hormaza), y demás familia le acompañamos en el sentimiento.



ROGAD A DIOS

Por el eterno descanso del alma de

D.^a Basila Ruiz López

que falleció en Hornillos del Camino
el día 13 de Julio de 1932
a los 76 años de edad.

Q. E. P. D.

A su hijo, D. Augusto (párroco de dicho pueblo), y demás familia le acompañamos en el sentimiento.